

# Cincuentenario del "98"

Para los amantes y estudiosos de la literatura española viene a ser un tópico casi demasiado manido el de la llamada "generación del 98". Pero no obstante lo mucho que sobre ese tema ya se ha escrito, es lo cierto que aún no ha tenido lugar el cernido o crítica de conjunto que serena y objetivamente nos diga el valor definitivo de aquel movimiento. Ciertamente que esa valorización de conjunto no podía aún hacerse, —ni tal vez sea posible todavía—, por razón de la corta distancia que nos separa del "98".

Al cumplirse ahora el cincuentenario de aquella "generación", vamos a ofrecer a nuestros lectores no especializados un bosquejo de lo que constituye uno de los más interesantes capítulos de la moderna literatura española.

Hase dado el nombre de "generación del 98" a un grupo de escritores españoles cuya obra literaria se produce a fines del siglo XIX y en lo que va del presente siglo. Estos escritores son, principalmente: Unamuno, Pío Baroja, Benavente, Valle-Inclán, Marquina, "Azorín", Maeztu, Ortega Gasset, M. Bueno, Manuel y Antonio Machado, y algún otro.

¿Por qué se llamó a esos escritores "de la generación del año 1898"? Conviene advertir que no todos ellos, por ejemplo Baroja y Maeztu, aceptaban plenamente tal denominación. El que bautizó al grupo con aquel nombre fué "Azorín" en una serie de cuatro artículos periodísticos que aparecieron en 1913 en la primera edición de su libro "Clásicos y modernos". (1)

No es de este lugar referirnos a las pruebas o razones que algunos tratadistas dicen que deben concurrir para que a un grupo de escritores se le pueda llamar generación. (2) Como en la hora actual ya casi uniformemente se admite

por críticos e historiadores de la literatura española el título de **generación** aplicado a los escritores arriba nombrados, vamos sólo a señalar la razón del apelativo "de 1898" o del "98" con que se les reconoce.

Es un hecho históricamente comprobado el estado de grave decadencia en que se encontraba España en la segunda mitad del siglo pasado. Esa decadencia presentaba aspectos muy diversos y procedía de causas también diversas y complejas. Los escritores de aquella época van señalando el mal, y tratan de buscar el remedio. Pero "el problema de España" parecía agravarse día por día, y la crítica cada vez era más dolorosa.

Así las cosas, llegó el hecho culminante de aquella acelerada decadencia: el desastre de 1898, cuando España en guerra con Estados Unidos acabó de perder los restos de su imperio colonial. Cuba y las Filipinas se desgajaban de la corona española, sin que la heroica actitud de los hombres de la armada hubiese servido para despertar a los decadentes y carcomidos políticos que en la península eran responsables de aquel vergonzoso desastre.

Un grupo de jóvenes escritores, inteligentes y activos, que observaban ansiosos el palpar de la vida española, ante aquel suceso triste y vergonzoso, se declararon tácitamente en franca rebeldía y protesta contra todo lo español conocido hasta entonces. Se originó, pues, un movimiento de franca reacción y de renovación. No se estableció ningún plan o convenio mutuo y explícito entre estos escritores. Pero todos ellos, bajo diversos matices y actitudes, y por medio de toda clase de escritos, abogaban por un rechazo y olvido de todo lo que fuera tradición española, y en cambio "se aplaudió con entusiasmo todo lo extranjero, todas las novedades de fuera: arte, ciencia, literatura, modas, costumbres, formas políticas etc., y se quiso introducir las y aclimatarlas en la Península suplantándolas a las de allí. Así concibieron la renovación: así surgiría la España nueva, y se forjarían hombres nuevos, conciencias y espíritus nuevos, valores nuevos, cultura nueva, constitución social nueva, todo nuevo, en artes,

(1) *Azorín, CLÁSICOS Y MODERNOS*. Citamos la edición moderna de la Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1939, pp. 170-187.

(2) Ha tratado este punto en un ameno estudio el escritor Pedro Salinas, en su libro *Literatura Española Siglo XX*. Editorial Séneca, México, D.F., 1941. El estudio se titula "El concepto de "generación literaria" aplicado a la del 98. Pgs. 43-58.

ciencias, letras, política, en todo. Quiso ser renovación artística, filosófica, moral, social y religiosa" (3).

Hasta aquí el pensamiento fundamental de una necesidad de renovación española era acertado y laudable. Aquel grupo de jóvenes escritores (los más de ellos contaban entre 20 y 25 años, y el mayor era Unamuno que tenía 34) mostraba sincera preocupación e intenso patriotismo. Pero ahora, al cabo de cincuenta años se ve con claridad meridiana, —y ya se veía también así mucho antes—, que si la intención fué recta y acertada, en cambio el camino que se siguió para lograr un pronto y eficaz remedio, fué en buena parte equivocado y antiespañol. Quien posee un edificio mal edificado o en ruinas, aunque en magnífico terreno, hará bien en intentar su reedificación total; pero haría muy mal en atribuir la causa de aquella ruina a lo malo del terreno, y en pretender incluso abandonar aquel punto e irse a otro lugar extraño. Y esto último fué la equivocación de los "noventiochistas": su ardorosa reacción llegó hasta el punto de renunciar aún a los fundamentos más legítimos y sólidos del viejo solar español.

Ya antes del 1898 varios notables intelectuales venían abocándose al problema de la reacción que indispensablemente necesitaba España. Fué lastimoso que sus palabras no se escucharan con mayor diligencia. Porque cierto la orientación de estos aparecía acertada. Su representante más eximio era el granadino Angel Ganivet, quien precisamente moría el año 98, a los 33 de su edad. El año antes de su muerte (1897) Ganivet había publicado un librito, valiente y original en su estilo, titulado "Idearium español". No se hizo de momento mucho caso en España a aquel libro. Y sin embargo, en buena parte acertaba en la manera de aplicar el remedio para los males de su patria. Ganivet ahonda en las causas más profundas de la conciencia nacional, y frente al peligro de un deseo de extranjerismo, escribe: "La filosofía más importante, pues, de cada nación es la suya propia, aunque sea muy inferior a las imitaciones de extrañas filosofías; lo extraño está sujeto a alternativas, es asunto de moda, mientras que lo propio es permanente: es el cimiento sobre el que se debe de construir, sobre

el que hay que construir cuando lo artificial se viene abajo". Y poco después añade: "España se halla hundida con su ideal religioso, y por muchos que fueran los sectarios que se empeñasen en "des-catolizarla", no conseguirían más que arañar un poco la corteza de la nación". Y prosigue más adelante: "Cuanto en España se construya con carácter nacional, debe de estar sustentado sobre los sillares de la tradición. Eso es lo lógico y eso es lo noble, pues habiéndonos arruinado en la defensa del catolicismo, no cabría mayor afrenta que ser traidores para con nuestros padres, y añadir a la tristeza de un vencimiento, acaso transitorio, la humillación de someternos a la influencia de nuestros vencedores". (4) De esta manera, y atinadamente, enfocaba Ganivet la reacción que España necesitaba. Y la razón se la vino a dar, andando luego algunos años, la misma generación del "98".

Pero, a pesar de esas llamadas a la reflexión, los noventiochistas se entregaron a una labor tesonera de asimilación extranjerizante y cosmopolita. El mismo "Azorín" ha señalado las diversas influencias extranjeras que individualmente acompañaron a la labor literaria de los más destacados escritores de su generación.

Pero sea lo que fuere del beneficio, no siempre negable, que tales influencias ejercieron en la rica y variada producción literaria de los autores del "98", hay que señalar indispensablemente dos ideas, tal vez muy obvias, pero algo olvidadas.

La primera: el "98" o la actitud noventiochista no fué en manera alguna, —como alguien ha llegado a pensar—, la causa y ni siquiera la ocasión del valor o del mérito de esos admirables escritores cuyas obras llenan de gloria buena parte del período contemporáneo de la literatura española. Si Benavente ha sido indiscutiblemente el primer dramaturgo de ese período, y Valle-Inclán su más exquisito prosista, y Antonio Machado su más admirado y admirable poeta lírico, y así de otros autores; es cierto que nada de eso se debe precisamente al hecho de pertenecer dichos escritores a la generación del "98". El noventiochismo sólo juega un papel de connotación extrínseca o de color de grupo; o a lo

(3) Cfr. Rodolfo Ragucci, LETRAS CASTELLANAS, 2ª edición. Editorial "Apis", Rosario, 1940, pg. 615.

(4) Todas estas citas las tomamos de la edición del Idearium hecha por Espasa-Calpe, S. A., Buenos Aires-México, 1940, pp. 22, 26 y 27.

más influye en el sentido de estimular un afán de trabajo y de superación artística y cultural. Pero tanto Unamuno, como "Azorín", o Benavente, o Marquina, o Maeztu, o los demás, llegaron a donde llegaron como escritores, —y cada uno en su característica actividad literaria—, porque nacieron dotados de determinadas y poderosas cualidades propias para la creación artística. Eso es algo esencial que ni se compra ni se adquiere por mero afiliarse a determinado grupo o generación literaria. El estudio y la laboriosidad perfeccionan y en cierta manera amplían aquella capacidad inicial y espontánea con que el escritor ha nacido. En el proceso histórico-literario el hecho de la **generación** es algo posterior a la existencia individual de este y del otro escritor. Y la conclusión a donde llegamos, y a donde queríamos llegar es esta: aun sin idea o nombre alguno de "98", todos esos escritores serían hoy igualmente importantes, y sus obras tan admirables y permanentes como han venido a serlo bajo el marchamo del **noventiochismo**.

Y a mayor abundamiento, baste recordar que dos de esos destacados escritores, Baroja y Maeztu, nunca aceptaron someterse a ese encasillado de la generación literaria en el que de acuerdo con la denominación dada por "Azorín" siguieron incluyéndolos posteriormente otros críticos o historiadores de la literatura.

La otra idea que debe recordarse es: que la literatura española de los diez últimos años del siglo XIX y del primer tercio del presente siglo, aun considerada solamente en sus más notables autores y en sus obras más importantes, no está circunscrita o limitada exclusivamente a la **generación del 98**. Ni mucho menos. Paralelamente con el grupo **noventiochista** o de los reaccionarios extranjerizantes, seguía actuando y brillando con esplendor propio e indiscutible toda una pléyade de extraordinarios escritores, que sin poses ni alardes bullangueros realizaron una obra de igual altura, —y en no pocos casos aun de mayor—, que los mismos del "98". Sin renunciar a la tradición de su patria, en todo lo que esa tradición no significase atraso o anquilosamiento, y sin quedarse tampoco al margen del movimiento renovador de la época en que les tocaba vivir, estos otros escritores mantuvieron el prestigio literario de España en el rango en que ellos, por su cabal conocimiento de aquella misma gloriosa tradición,

mejor que nadie sabían que debía mantenerse. Y hay que advertir que fué esta obra suya la que en aquellos años tuvo mayor aceptación y resonancia continental en Europa. Un solo nombre bastaría citar, ya que sólo él sobrepuja y desafía a varias generaciones de escritores españoles: M. Menéndez y Pelayo. Su figura se yergue avasallante sobre el pedestal inconmovible y voluminoso de su obra literaria, muestra la más fulgurante del poderoso talento y de la envidiable erudición sólida que poseía.

Y aun dentro del grupo de los escritores eruditos, forman cadena los nombres eminentes de autores únicos en su especialidad, como Rodríguez Marín, Menéndez Pidal, Bonilla y San Martín, Blanca de los Ríos, etc. Ninguno de ellos tiene nada que ver con el **noventiochismo**, y sin embargo, contemporáneamente con los de dicha generación, realizan una obra única e insustituible.

Y si pasamos a otros géneros literarios, en todos encontramos igualmente firmas de valor innegable, y que estaban al margen del "98". Recordemos siquiera unos pocos nombres en la novela: Palacio Valdés, (el novelista español más traducido y leído fuera de España en los tiempos modernos), Ricardo León, Concha Espina; en la poesía: Gabriel y Galán, V. Medina, etc.; en el teatro: Vital Aza, los hermanos Alvarez Quintero, Martínez Sierra, etc.

Hechas estas observaciones, digamos algo de cómo ha venido manifestándose la **generación del 98** a lo largo de estos cincuenta años. "Se ha dicho con bastante ingenio y relativa exactitud que la generación del 98 era como la Junta revolucionaria de **El hombre que fué jueves**, de Chesterton: una junta de anarquistas donde, andando el tiempo, se descubrió que todos eran de la policía. Ha sido el novelista Pío Baroja, vasco, nacido en 1872, médico en Cestona y panadero en Madrid, antes de ser escritor de fama, el que ha hecho la afirmación anterior. Exacta, en cuanto a que los anarquistas del 98 fueran haciéndose poco a poco de la policía. Inexacta, en cuanto no eran, como los de Chesterton, policías que se fingían anarquistas, sino anarquistas de corazón que se convencieron, posteriormente, de que era mejor y más honrado ser policías". (5) Esta glosa del competente crítico González

(5) Cfr. Nicolás González Ruiz, **LA LITERATURA ESPAÑOLA**. Ediciones Pegaso, Madrid, 1943, p. 31.

Ruiz sintetiza vivamente el proceso evolutivo por el que, uno tras otro, fueron pasando todos los escritores del "98". En algún caso, como en Maeztu, la evolución vino en forma rotunda y de conversión ruidosa. Pero todos los del grupo más o menos veladamente no habían podido dar de un todo la espalda al pasado y a la tradición. Esta se les imponía. Y acabó por ganárselos de nuevo y atraerlos, llegados a la madurez, hacia las tiendas que un día habían abandonado al grito de reacción y de renovación. "A toda esta llamada generación del 98 le llega la madurez poco antes de la guerra de 1914. Esta guerra los desconcierta, los disocia, pero ya no son capaces de aprender nada de ella. En 1914 tiene "Azorín" cuarenta años, Baroja cuarenta y dos, Valle Inclán cuarenta y cinco, Benavente cuarenta y ocho, Unamuno cincuenta. Falta entonces esa experiencia histórica que tan dolorosa y rápidamente se ha adquirido después, y los hombres del 98 están, por otra parte, muy metidos en sí mismos. Cumplen su misión de ayudar al alumbramiento del siglo XX en España, pero creen de buena fe que ellos son ya el siglo nuevo". "La generación del 98, y "Azorín" con ella padece del error de creer que todo está averiguado, sólo que en España, país católico y triste, donde la gente se lava poco y come mal, no se tiene aún completa noticia de las averiguaciones y hay que explicárselas a esa gente. Y mientras están los del 98 explicando las averiguaciones del siglo XIX, hace su aparición entre humo de gases y tronar de cañones el siglo XX. Los del 98 se quedan atónitos. Quieren aplicar su medida al nuevo hecho y se les queda corta. Hubieran necesitado verdadero genio para comprender que ellos no eran otra cosa que un simple y lógico movimiento de reacción y que las afirmaciones se hallaban perdidas en la entraña ignorada del siglo por venir". (6). Tales hechos, y los posteriores de la historia de la misma Europa y en particular de España, fueron acelerando el momento de una necesaria media vuelta y del regreso anheloso hacia el abandonado punto de partida.

Entre los desengañados, nadie como el genial Unamuno expresó tan al vivo su fracaso. En junio de 1918, en un artículo

(6) Cfr. González Ruiz, Op. cit., pp. 44-46  
 (7) Cita tomada de Ragucci, op. cit., p. 559.

lo titulado "La hermandad futura" escribía estas amargas frases: "¿Qué se ha hecho de los que hace veinte años partimos a la conquista de una patria?... ya que entonces, en rigor, no la teníamos, ni la tenemos hoy. No era resucitar a España lo que queríamos, era hacer una nueva. Habíamos roto espiritualmente con la tradición nacional... Ninguno de nosotros sabía, en realidad, lo que buscaba. Nosotros rompimos el yugo y empezamos a destrozarnos el campo y a pisotear los surcos y a trastornar y deshacer la labor de servidumbre... ¿La hemos encontrado (la patria)? No, no la hemos encontrado. No nos buscábamos unos a otros, sino que cada cual buscaba su pueblo... o mejor "su público"... ¿Qué nos queda? Morir cada uno en su rincón..., morir solos y sin patria ni hermandad". Ante testimonio tan espontáneo poco más habría que añadir.

Pero nótese esa frase de Unamuno, básica en todo este asunto, en la que afirma que ninguno de los del 98 sabía, en realidad, lo que buscaba. Porque esa fue la falla mayor de dicha generación: se quedó en mera reacción, sin lograr cristalizar en movimiento, porque no tuvo un sistema filosófico. Y sin ese sistema toda labor resultó desordenada, dispersa, y forzosamente inconsistente.

Al hacer los historiadores y críticos el inventario del "98", no pueden menos de lamentar los tesoros de capacidad, de entusiasmo y de energías que tal vez en parte resultaron estériles, por falta de aquella orientación y de aquel sistema. Afortunadamente, como antes lo decíamos, gracias a las dotes personales de cada uno de aquellos escritores, aún nos quedaron tesoros de arte excelente. Hubo sobre todo un "afán de perfeccionamiento del estilo, que es tal vez la herencia positiva más patente del 98", como afirma el ya citado González Ruiz.

Y España no desechó ni olvidó a aquellos obreros generosos de su viña. La por ellos vilipendiada y preterida Academia Española, no se mostró hosca ni egoísta. Cada uno de los noventiochistas, (no en su ancianidad, como alguien errónea y tendenciosamente afirmó, sino en plena madurez de vida y de producción literaria), fué aceptando la llamada e incorporándose a recibir el espaldarazo que en justicia habían conquistado y merecido.

Pedro P. Barnola, S.J.